

Que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

X.
Esa era mi esperanza
mas ya que á sus fulgores
Se opondrá el hondo abismo

que existe entre los dos,
¡Adios por la vez última,
amor de mis amores,

La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores,
Mi lira de poeta,
mi juventud, adios!

1873

Y yo soñaba en el cielo
mi santa promesa
Y al delirar en eso
con la alma estremecida
Pensaba en ser puerco
por ti no más por ti
Y yo soñaba en el cielo
mi santa promesa
Y al delirar en eso
con la alma estremecida
Pensaba en ser puerco
por ti no más por ti
Y yo soñaba en el cielo
mi santa promesa
Y al delirar en eso
con la alma estremecida
Pensaba en ser puerco
por ti no más por ti

Del astro de los astros
el mágico arbol
"Oh virgen!—dijo el ave—
"bendita sea tu frente"
Puesto que en ella ha hallado

LAS RUINAS

A.
Que vengo á darte, oh virgen!
cada hora maternal
Cuando
Las ruinas solamente
quedaban del santuario,
Y en medio de las ruinas
la virgen del altar;
Conmigo llegó un ave,
y en trino dulce y vario
Volando en torno de ella
su acento empezó á alzar.

La virgen era hermosa,
y alzándose á porfía
Las flores se agrupaban
en torno de su sien,
Encima estaba el cielo,
y encima estaba el dia,
Y el pájaro, entretanto,
cantaba siempre . . . á quién?
Los ojos de la virgen
brillaban dulcemente

Del astro de los astros
 al mágico arrebol,
 Y "¡Oh virgen!—dijo el ave—
 "bendita sea tu frente
 Puesto que en ella ha hallado
 como otro cielo el sol.
 Para ella son los trinos
 de todos los cantares
 Que vengo á darte, oh virgen!
 cada hora matinal:
 Que rotos y en el polvo
 tu templo y tus altares,
 Tu frente aun está viva,
 tu frente es inmortal."

II.

Mañana que las penas
 y el tiempo hayan destruido
 El templo en que te adora
 la ardiente juventud,
 En medio de las ruinas
 y en medio del olvido,
 Tendrás un ave siempre
 que cante tu virtud.

1873

A UN ARROYO.

A mi hermano Juan de Dios Peza.

Cuando todo era flores tu camino,
 Cuando todo era pájaros tu ambiente,
 Cediendo de tu curso á la pendiente
 Todo era en tí fugaz y repentino.

Vino el invierno, con sus nieblas vino
 El hielo que hoy estanca tu corriente,
 Y en situacion tan triste y diferente
 Ni aun un pálido sol te da el destino.

Y así es la vida; en incesante vuelo
 Mientras que todo es ilusion, avanza
 En solo una hora cuanto mide un cielo;
 Y cuando el duelo asoma en lontananza
 Entonces como tú, cambiada en hielo,
 No puede reflejar ni la esperanza.

1873

O LETRILLA. A

Si, mi amigo D. Gregorio,
 Tiene usted mucha razon;
 Cuando usted dice, todo
 Eso mismo que usted dice,
 Eso mismo digo yo.
 I.

Juzga usted que es una plaga,
 Que es un castigo de Dios
 Esa turba de mocosos
 Sin quehacer ni ocupacion,
 Que á falta de otra han tomado
 La carrera de escritor;
 Que si hablan del Nigromante
 No lo bajan de chambon,
 Que á Altamirano lo acaban,
 Que á Peredo le hacen *fu*,
 Que á Prieto lo ponen de asco,
 Que á Justo lo dejan peor,
 Y que llevando hasta Europa
 Su crítica erudicion,
 Destrozan á Víctor Hugo

Y á Dumas y á Campoamor
 Y á cuantos hallan al paso
 Con su hidrofobia feroz;
 Y agrega usted que sería
Muchisísimo mejor
 Que hacerles caso ó echarles
 Un indigesto sermón,
 Dejarlos á que los oiga
 La madre que los parió;
Pues sí, señor D. Gregorio,
Tiene usted mucha razon.
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo.

Juzga usted que es un espanto
 Piensa usted que es un horror,
 Ver tantas composiciones
 Como se publican hoy.
 En que despues de salirnos
 El imberbe trovador
 Con uno de esos ideales
 Que ya se hacen de cajon,
 Muy sonrosados los labios,
 Muy argentina la voz,
 Muy los cabellos de seda,
 (Vaya una trasposicion)
 Y muy llena de desdén,

Que los merece el autor,
 Termina éste con que la ama
 Con todo su corazón,
 Cuando mejor que ocuparse
 En hablarnos de su amor
 Y en pintarnos los efectos
 De su estúpida pasión,
 Segun usted debería,
 Aquí para entre los dos,
 Decirse brato tres veces
 Con mucha circunspeccion,
 Alzar al cielo los ojos,
 Rezar el "yo pecador"
 Y en seguida dispararse
 Media pistola de Colt.
*Pues sí, señor D. Gregorio,
 Tiene usted mucha razon,
 Eso mismo que usted dice,
 Eso mismo digo yo.*

III

Dice usted que ya da miedo
 Que vale lo ménos dos,
 Ver á tantos que pretenden
 Demostrar su erudicion
 Llenando de latinajos
 Su inconocible español,
 Y que tal verso de Ovidio

Lo dan por de Ciceron,
 Cuando nunca escribió versos
 El pobrecito orador,
 Que á despecho suyo tiene
 Que pasar por un ladron
 Gracias al atrevimiento
 De esos benditos de Dios,
 Y agrega usté, amigo mio,
 Que en su muy pobre opinion
 Debieran esos señores
 Fijarse en que escriben hoy
 Que son tan raros los sabios
 En la lengua de Gaton
 Y en que cada cita de esas
 Sépase la lengua ó nó,
 Viene á ser como un peñasco
 Donde el misero lector
 Tiene á fuerza que pararse
 Y aguantarse un tropezon,
 Que bien puede hacer á alguno
 Que mande al diablo al autor,
*Pues sí, señor D. Gregorio,
 Tiene usted mucha razon,
 Eso mismo que usted dice,
 Eso mismo digo yo.*

IV

Concluye usted en su carta,
 Mi buen amigo y señor,

Diciéndome que no acierta
 A encontrar la explicacion
 De esas ínfulas de sabio
 Y ese aire de hombre de pró
 Con que se presenta alguno
 Por haber sido orador
 Y haber gritado en Setiembre,
 ¡Viva la Constitucion!
 Lo que le aplaudieron mucho,
 Segun dice él que lo oyó;
 Y protesta usted por su alma,
 Que no halla puesto en razon
 Que por solo este motivo
 Se le haga miembro de honor
 De cuanta academia existe
 Dentro de la poblacion,
 Ni que se inscriba su nombre
 Como colaborador
 A la cabeza de todos
 Los diarios que salen hoy,
 Haciéndolo revestirse
 De ese aire de proteccion
 Con que trata aun á los mismos
 De donde el necio salió,
 Y á quienes usted querria
 Degollar de dos en dos
 Para acabar con la raza
 Y quedarnos usté y yó.

Que somos tan campechanos
 Y hombres de tan buen humor
 Y que hacemos unos versos
 Qué le gustan hasta Dios.

Pues sí, señor D. Gregorio,

Tiene usted mucha razon,

Eso mismo que usted dice,

Eso mismo digo yo.

1873

Mañana que ya no quedan

Encontrarse nuestros ojos,

Y que vivamos ausentes,

Muy lejos uno del otro

Que te hable de mi este libro

Como de ti me habla todo

Ah! Si basta de esta vida

Cada hora es un recuerdo

Tan triste como tiempo

De que hubo sobre ese árbol

Un cielo y un amor;

Remidas formaban todas

el canto del invierno,

La estrofa de las nieves

y el hálito del dolor.

34

HOJAS SECAS

I.

Mañana que ya no puedan
Encontrarse nuestros ojos,
Y que vivamos ausentes,
Muy léjos uno del otro,
Que te hable de mí este libro
Como de tí me habla todo.

II.

Cada hoja es un recuerdo
tan triste como tierno
De que hubo sobre ese árbol
un cielo y un amor;
Reunidas forman todas
el canto del invierno,
La estrofa de las nieves
y el himno del dolor.

III.

Mañana á la misma hora
En que el sol te besó por vez primera,
Sobre tu frente pura y hechicera
Caerá otra vez el beso de la aurora:
Pero ese beso que en aquel oriente
Cayó sobre tu frente solo y frío,
Mañana bajará dulce y ardiente,
Porque el beso del sol sobre tu frente
Bajará acompañado con el mío.

IV.

En Dios le exijas á mi fé que crea,
Y que le alce un altar dentro de mí;
Ah! ¡Si basta no mas con que te vea
Para que yo ame á Dios, creyendo en tí!

Si hay algun césped blando
cubierto de rocío
Endonde siempre se alce
dormirá alguna flor.

Y en donde siempre puedas
hallar, dulce bien mio.

Violetas y jazmines
muriéndose de amor.

Yo quiero ser el césped
Florido y matizado

Donde se asienten, niña,
Las huellas de tus piés;

Yo quiero ser la brisa
Tranquila de ese prado

Para besar sus lábios
Y agonizar despues.

Si hay algun pecho amante,
que de ternura lleno

Se agite y se estremezca
no mas para el amor,

Yo quiero ser, mi vida,
yo quiero ser el seno

Donde tu frente inclines
para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo
Tu pecho junto al mio,

Yo quiero oír qué dicen
Los dos en su látir,

Y luego darte un beso
De ardiente desvarío,

Y luego . . . arrodillarme,
Mirándote dormir.

IV.

—Las doce.... adios...! Es fuerza que me vaya
y que te diga adios

Tu lámpara está ya por extinguirse,
y es necesario.

—Las sombras son traidoras, y no quiero
que al asomar el sol,

Se detengan sus rayos á la entrada
de nuestro corazon

—Y ¡qué importan las sombras cuando entre ellas
queda velando Dios

—Dios? Y qué puede Dios entre las sombras
al lado del amor?

—Cuando te duermas me enviarás un beso?

—Y mirá! alma! hasá! hasá!

—Adios! Adios! Adios!

VII.
 Lo que siente el árbol seco
 Por el pájaro que cruza,
 Cuando plegando las alas
 Baja hasta sus ramas mustias,
 Y con sus cantos alegre
 Las horas de su amargura,
 Lo que siente por el día
 La desolación nocturna
 Que en medio de sus pesares
 Y en medio de sus angustias,
 Ve asomar con la mañana
 De sus esperanzas una;
 Lo que sienten los sepulcros
 Por la mano buena y pura
 Que solamente obligada
 Por la piedad que la impulsa,
 Riega de flores y de hojas
 La blanca lápida muda,
 Eso es al amarte mi alma,
 Lo que siente por la tuya,
 Que has bajado hasta mi invierno,
 Que has surgido entre mi angustia
 Y que has regado de flores
 La soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,
 Mis tinieblas son la duda,

Mi esperanza es el cadáver,
 Y el mundo mi sepultura
 Y como de entre esas hojas
 Jamas retoña ninguna;
 Como la duda es el cielo
 De una noche siempre oscura,
 Y como la fé es un muerto
 Que no resucita nunca,
 Yo no puedo darte un nido,
 Donde recojas tus plumas,
 Ni puedo darte un espacio
 Donde enciendas tu luz pura,
 Ni hacer que mi alma de muerto
 Palpite unida á la tuya;
 Pero si gozar contigo
 No ha de ser posible nunca,
 Cuando estés triste, y en la alma
 Sientas alguna amargura,
 Yo te ayudaré á que llores,
 Yo te ayudaré á que sufras,
 Y te prestaré mis lágrimas
 Cuando se acaben las tuyas.

VIII

Y el mundo un sequitur
 Y como de entre esas hojas
 Aun mas que con los lábios
 Hablamos con los ojos;
 De la tierra y de nosotros
 Con los ojos del cielo

II

Y no puedo darte un nido
 Donde recostas tus huesos
 De tanta dicha loco,
 Fué cuando comprendí muy lejos de ella
 Que no hay cosa mas triste que estar solo.

III

Radiante de ventura,
 Frenético de gozo,
 Coji una pluma, le escribí á mi madre,
 Y al escribirle se lo dije todo.

IV

Después, á la fatiga
 Cediendo poco á poco,
 Me dormí, y al dormirme sentí en sueños
 Que ella me daba un beso y mi madre otro.

V

¡Oh sueño, el de mi vida
 Mas santo y mas hermoso,
 Qué dulce has de haber sido cuando aun muerto
 Gozo con tu recuerdo de esta modo!

IX.

Del hombre que está ausente
 del hijo que está ausente
 Cuando yo comprendí que te quería
 Con toda la lealtad del corazón,
 Fué aquella noche en que al abrirme tu alma
 Miré hasta su interior.

Rotas estaban tus virgineas alas
 Que ocultaba en sus pliegues un crespon,
 Y un ángel enlutado cerca de ellas.

Lloraba como yo.

Otro, tal vez, te hubiera aborrecido
 Delante de aquel cuadro aterrador;
 Pero yo no miré en aquel instante

Mas que mi corazón;

Y te quise, tal vez, por tus tinieblas,
 Y te adoré, tal vez, por tu dolor,
 Que es muy bello poder decir que la alma
 Ha servido de sol!

X

Las lágrimas del niño
 la madre las enjuga,

Las lágrimas del hombre

la seca la mujer

Qué tristes las que brotan

y bajan por la arruga

Del hombre que está solo,
 del hijo que está ausente,
 Del sér abandonado
 que llora y que no siente
 Ni el beso de la cuna,
 ni el beso del placer!

Como quieres que tan pronto
 Olvide el mal que me has hecho,
 Si cuando me tocó el pecho
 La herida me duele más!
 Entre el perdon y el olvido
 Hay una distancia inmensa;
 Yo perdonaré la ofensa;
 Pero olvidarla . . . jamás!

XII
 "Te amo—dijiste—y jamás á otro hombre
 Le entregaré mi amor y mi albedrío"
 Y al quererme llamar buscaste un nombre,
 Y el nombre que dijiste no era el mio,

XIII

Ah, gloria! de qué me sirve
 Tu laurel mágico y santo,
 Cuando ella no enjuga el llanto
 Que estoy vertiendo sobre él!
 De qué me sirve el reflejo
 De tu soñada corona,
 Cuando ella no me perdona
 Ni en nombre de ese laurel!!

La que á la luz de sus ojos
 Despertó mi pensamiento,
 La que al amor de su acento
 Encendió en mí la pasión,
 Muerta para el mundo entero
 Y aun para ella misma muerta,
 Solamente está despierta
 Dentro de mi corazón.

XIV

El cielo está muy negro, y como un velo
 Lo envuelve en su crespon la oscuridad;
 Con una sombra más sobre ese cielo
 El rayo puede desatar su vuelo
 Y la nube cambiarse en tempestad.